

Un concepto sobre la filosofía integral

CONFERENCIA DEL DOCTOR ENRIQUE A. BECERRA
EN EL COLEGIO DEL ROSARIO

«La filosofía enseña a hacer, no a hablar; exige que viva cada cual bajo su ley, que los actos estén en concordancia con las ideas, que la vida sea uniforme, sin incoherencias. El primero de los deberes del sabio y su carácter distintivo, es poner en armonía sus acciones con el conjunto de sus ideas, manteniéndose en todas partes y siempre de acuerdo consigo mismo» — *Séneca*.

Ilustrísimo señor, señores:

Hay satisfacciones espirituales que marcan honda huella en el hombre y que siempre contribuyen a formar hábitos de virtud que avigoran su naturaleza y enaltecen sus maneras de obrar. Entre estas satisfacciones ninguna más pura, ninguna más fecunda como la que genera el cumplimiento del deber, dado que sentirse moralmente impelido, equivale a mostrarse capaz de perfeccionamiento, y ser capaz de perfeccionarse a sí mismo, es llevar dentro de nosotros un algo excelente que nos hace factores del mérito y sujetos de responsabilidad; circunstancias estas que prueban que somos, según el decir de Pascal, «el objeto más prodigioso de la naturaleza, que no comprende lo que es un cuerpo, menos lo que es espíritu, y menos aún cómo pueden estar unidos un espíritu y un cuerpo; y esta dificultad escondida, es el propio ser del hombre, quien si con su ciencia clasifica a los animales y vegetales, a los minerales y las rocas, no sabe clasificarse a sí mismo»; «porque aquel *nosce te imp-*

sum que servía de inscripción al templo de Delfos, parece un imposible ideal, antropológicamente hablando»; porque, según San Agustín, es más difícil comprender cómo se unen el alma y el cuerpo, que la unión del verbo Divino con la humana naturaleza; y no obstante esta dificultad somos y existimos, como la pupila de los seres que no ven, el corazón de los que no sienten, la lengua de los que no hablan y el intérprete soberano del concierto del orden físico y universal, que nos revela una inteligencia creadora capaz de extasiarnos y cuyos reflejos son visibles en cualquier grupo de organismos, en los tipos más diversos, en su repetición semejante, en la unidad de su plan, en la concordia de sus órganos, en las categorías de sus relaciones, en la duración de su vida, en la proporción de su forma y volumen, en el riguroso ciclo de sus cambios embronarios, en el orden de la sucesión.... todo lo cual proclama la existencia de un Dios personal, prudente, equitativo, amoroso y sapientísimo, a quien el hombre puede conocer, adorar y amar, según lo proclama desde las reconditeces de su ciencia el gran naturalista Agassiz.

Por esto, y para cumplir el deber perfeccionándome, vengo a ocupar vuestra atención exponiéndooos un somero concepto sobre la filosofía integral.

«Habiendo de ser este Colegio seminario de la doctrina de Santo Tomás, y sus colegiales imágenes formadas a la semejanza del Santo doctor Angel, el cual alcanzó más sabiduría de Dios orando que estudiando, ordenamos que sean las primeras obligaciones de los colegiales consagrarse a la oración», dicen las constituciones de este ilustre cuanto prolífico Plantel; son, pues, las doctrinas de Santo Tomás las que informan nuestras convicciones, y cuando aprecio el valor del método filosófico del

Santo de Aquino, no puedo menos que sentirme atraído con reverencia hacia la personalidad de fray Cristóbal de Torres, quien con genial apreciación contempló desde entonces los combates espirituales que habríamos de realizar ahora, contra todos aquellos que, fundados en simples hipótesis sin valor científico y apegados a la mera abstracción sin apreciar las causas y los efectos, con mueca de desdén e influídos por malévolas preocupaciones, pretenden burlarse de nuestros sistemas. A ellos debemos decir: «Debajo de esas fórmulas consagradas por el respeto de largos siglos de asombrosas especulaciones; debajo de esas fórmulas que vosotros llamáis bárbaras sólo porque no las entendéis y que os son antipáticas, porque lo poco que entendéis de ellas acusa de muerte vuestra ignorancia o vuestra malicia; debajo de esas fórmulas, que pueden algunas ser, os lo concedemos, minuciosas, antirretóricas quizás (nunca tan extravagantemente bárbaras como vuestra flamante jerga filosofesca), están anunciadas con admirable precisión y clasificadas con distinción agudísima las verdaderas leyes del sér y del conocimiento del sér, constituyendo por ende la única filosofía que puede engendrar, como ha engendrado en los siglos anteriores, verdadera ciencia del hombre, verdadera ciencia social, verdadera ciencia del derecho; verdadera ciencia, en fin, de aquella unidad sin la cual los hechos mismos, materia propia de las ciencias físicas, no son más que montones informes de cuerpos sin alma».

El proceso de la humana inteligencia, lo propio en el individuo que en todo el género humano, es de dos maneras: espontáneo y reflejo. Por medio del primero conocemos sin saber el modo ni la razón de nuestro conocimiento; por medio del segundo, no sólo conocemos, sino que también sabemos el por qué de nuestro conocer. Ello es un becho que cada cual de nosotros, dotado de una inteligencia activa de suyo, y aún a despecho de sí mismo,

recibe sin buscarlo un número de ideas, y juzga y raciocina, y se forma creencias y principios; todo ello, repito, sin darse cuenta y sin propósito alguno deliberado. Este proceso espontáneo de la inteligencia realizase en cada cual de nosotros, no ya solo antes de que pongamos, sino sin poner cosa alguna de nuestra parte: nuestras mismas necesidades nos van dando cada vez mayor energía, y de aquí se produce una serie de ideas que van determinando nuestra conducta, aun a despecho de nosotros. Pero así como en la mayor parte de los hombres la inteligencia no se explaya sino de este modo sordo y espontáneo, así también en otros privilegiados por la natureleza y asiduos para el trabajo, se realiza otra manera de expansión más libre y elevada, que es el movimiento reflejo. De hecho las facultades del hombre no son potencias independientes sobre las cuales no pueda ejercer dominio alguno, ni está por cierto condenado a dejarlas caminar a donde quieran y como quieran; no: por el contrario, puede dominarlas y servirse de ellas, a la manera que un hábil mecánico se apodera y sirve del agua, del fuego y de otras fuerzas materiales. Este dominio que el hombre puede ejercer sobre sus facultades en común puede igualmente ejercerlo en particular sobre su inteligencia, ora afirmando sus pasos mal seguros, ora enderezándola a la investigación de aquellas verdades que más le importan, o cuyo conocimiento mayormente le estimula. Cuando esto se verifica, suceden dos cosas: la primera es que todas las fuerzas de la inteligencia, en vez de derramarse por distintas direcciones, se concentran en un solo punto; la segunda, que la inteligencia, ya concentrada en este punto, se fija largo tiempo en él. Aquella concentración, junto con esta fijación, constituyen un estado de verdadera atención o reflexión que la inteligencia ejerce sobre sí misma y sobre sus actos cognoscitivos».

¿Pero cuál es el motivo por que la inteligencia refleja así sobre sí misma y sobre sus mismos conocimientos previos? Pues no es otro sino el de ilustrarse, desplegar-se, hallar *la razón* con que pueda responder a las preguntas que se dirige a sí propia. Pero no por haber hallado una razón primera se paraliza la tendencia natural de la mente; pues esta razón primera puede necesitar ser a su vez ilustrada por otra razón superior; la inteligencia entonces entrará en un segundo grado de reflexión y tan luego como halle esta *razón segunda*, buscará otra, y después otra y otra, hasta llegar a una que sea última, suficiente a explicar todas las razones secundarias, y que no haya menester ser ilustrada por ninguna otra superior. Llegada que sea la mente a esta altura, dase por satisfecha, como quiera que no tiene por qué preguntar ya la razón de lo que por sí mismo es claro y evidente. Pongamos un ejemplo.

Trátase de conocer la razón última por qué la calumnia es reprobable. Pues esto, decimos primeramente, porque daña en su honra al hombre, y todo daño causado sin razón al hombre es injusto: *primera razón*. Todo daño causado al hombre es reprobable, porque el hombre merece respeto: *segunda razón*. El hombre merece respeto, porque es un ser racional y libre, y el ser racional y libre tiene derecho de encaminarse a su fin propio: *tercera razón*. Todo derecho debe ser respetado, porque es facultad moral amparada por la ley de naturaleza: *cuarta razón*. La ley de naturaleza impone una obligación absoluta, y por consiguiente inviolable: *quinta razón*. La ley de la naturaleza impone obligación absoluta por ser ella misma una imposición de Dios: *sexta razón y última*, como quiera que después de ella no hay ya que buscar otra; conocida esta última razón, quédalo el último por qué de ser la calumnia cosa reprobable. Pues bien: mientras el hombre se detiene en aquellas razones que no son verdaderamente supre-

mas y últimas, ejercita sin duda una reflexión más o menos elevada, pero no todavía una *reflexión filosófica*; pero cuando llega ya a descubrir las razones últimas y a distribuir-las entre sí conforme al orden que en sí mismos tienen, entonces entra en posesión de la filosofía. La filosofía, por tanto, puede definirse así: *Ciencia de las últimas razones de las cosas*.

Pero las últimas razones son de dos especies, a saber: unas, circunscritas en intensidad y en extensión, es decir, limitadas a un cierto orden de cosas, y pertenecientes a principios especiales de una materia especial; otras, no limitadas ni en intensidad ni en extensión, y que abrazan por lo mismo las razones últimas de todo cuanto saber puede el hombre. Pues bien: objeto propio de la filosofía no son las razones últimas de una materia especial, sino las razones últimas de todo cuanto el hombre puede saber; en otros términos: objeto propio de la filosofía no son las razones últimas relativas, sino las absolutamente últimas. Pero si después de consideradas en sí mismas, y bajo un aspecto absoluto estas razones últimas, se las mira en su aplicación a un orden cualquiera especial de cosas (como, por ejemplo, al derecho, a la historia, a las artes), con el fin de resolverlas, si es posible, en sus últimas razones, entonces no tendremos la filosofía propiamente dicha, sino la filosofía propia de aquella materia especial cuyas razones relativas están conexas a las razones últimas. Así, por ejemplo, llamaremos *filosofía del derecho* la que trata de investigar las últimas razones del derecho, y *filosofía de la historia o del arte* las que tratan de conocer las últimas razones propias de cada cual de estas materias.

La filosofía, tal como nosotros la entendemos, consta de dos caracteres: *unidad y totalidad*. Estos caracteres, indispensables a toda filosofía, no pueden jamás existir separados; pues ni la plena *unidad* de las cosas puede

ser percibida sino por quien se eleva a su gran *todo*, ni este *todo* puede ser jamás plenamente percibido si antes no se conocen hasta los más profundos hilos que reducen lo múltiple a la *unidad*. Pues bien: para ver que estos dos caracteres se hallan en el concepto que hemos dado de la filosofía, bastará analizar nuevamente; pues siendo objeto de la filosofía el conocer las últimas razones de las cosas, y pudiéndose buscar siempre la última razón de todo, claro está que la filosofía se extiende a todo cuanto es, y que de todo puede buscar las últimas razones, a fin de conocerlas por medio del natural discurso, que es el instrumento propio de esta ciencia. Pero este carácter de *universalidad* de la filosofía no destruye el de su *unidad*, sino, por el contrario, se liga con él y lo confirma; como quiera que la filosofía, cuya índole propia consiste en que estudia el *sér* únicamente por el lado de sus razones últimas, recibe su unidad de la que en sí mismo tiene este aspecto bajo el cual estudia al *sér*. De aquí cabalmente el que la filosofía sea a un mismo tiempo la ciencia más amplia y la determinada. Así, pues, los caracteres de la *unidad* y de la *universalidad* comprueban la exacta definición de la filosofía, y arguyen indirectamente de falsedad las definiciones en que se desconoce cualquiera de estos caracteres.

Siendo la filosofía, como hemos dicho, la ciencia de las últimas razones de las cosas, diferénciase de las demás ciencias en que éstas investigan las últimas razones, no ya absolutamente, sino con relación a una materia especial. Luego la filosofía, por el mero hecho de investigar las últimas razones absolutamente, tiene una verdadera supremacía respecto de las demás ciencias. De otro modo, cualquiera que sea la ciencia especial que se estudie, no merecerá nombre de ciencia sino en cuanto se apoye en un principio supremo y en una razón última, de cuyo conocimiento dependa la verdad y la evidencia de

todos los conocimientos especiales que la constituyan. Por eso cabalmente toda ciencia especial no es en resumen sino una especial filosofía, como quiera que filosofía especial se llama la que investiga las razones últimas relativas a una materia especial. Pero, ¿qué otra cosa es una filosofía especial sino una aplicación de la filosofía general? La propia verdad podemos demostrar con la unidad indivisible de todo cuanto puede el hombre saber. Todas las ciencias especiales, en efecto, se hallan tan eslabonadas y conexas entre sí, que ninguna de ellas puede ser regida por sí misma y con independencia de las demás; pues que la razón última de toda ciencia particular es ciertamente última respecto del especial grupo de conocimientos que le son propios y peculiares, pero no lo es en sentido absoluto. La razón última de toda ciencia particular depende de una razón más elevada y general, que corresponde a otra ciencia más elevada y general también. Pero esta misma ha de tener su razón necesariamente en otra ciencia superior; y así, remontándonos de razón en razón y de ciencia en ciencia, habremos forzosamente de parar en una suprema razón y en una ciencia suprema que contenga la última explicación de las razones inferiores y les presten fundamento. Pues bien: esta ciencia suprema, que estudia las razones supremas y universalísimas de quienes reciben vida y sustentan las razones de las ciencias inferiores, es cabalmente la filosofía, a quien por eso mismo llaman algunos *ciencia prima* o sease *protología*. Una prueba de hecho que demuestra la excelencia de la filosofía sobre todas las demás ciencias inferiores, la tenemos en que la filosofía tiende a infundir en toda ciencia especial aquellas teorías de quienes ella recibe su propio jugo; y de aquí cabalmente procede aquella secreta armonía que percibimos aun entre las ciencias menos conexas cultivadas por una misma escuela. Así, por ejemplo, compárese el dere-

cho social del pasado siglo con el espíritu general del sensualismo y del materialismo que por entonces dominaban en el campo de la filosofía, y se verá cómo *el pacto social* era una consecuencia práctica del dominio de aquellos sistemas. Viva imagen del sensualismo de Locke fue su *Ensayo sobre el gobierno civil*, que sirvió de modelo al *Contrato social*; del propio modo que la otra obra del filósofo inglés acerca de la *Educación de los niños*, inspiró *El Emilio* de Rousseau. Ciertamente, «una vez asentado el sentido en el trono de la metafísica, la lógica puso el interés en el de la moral»; y aun por eso el italiano Melchior Gioia nos enseña que *la moral es un ramo de la economía política*. Cuando dejaron luego de estar en boga el sensualismo y el materialismo para legar su cetro al idealismo alemán, nos regaló Fichte, junto con el panegoísmo moral, cuya suma y compendio encontramos en aquella impudente fórmula: *Amate a ti mismo sobre todas las cosas y a tus conciudadanos por amor a ti mismo*.

Ya sé bien que la dolencia de nuestra edad consiste en rechazar lo sobrenatural y lo suprainteligible, no admitiendo otra cosa sino razón y filosofía. Pero no pudiendo ahora empeñarme en examinar todos los falsos títulos de semejante presunción, me limitaré a mostrar los enormes absurdos y contrasentidos del pretexto en que se apoya, y que pudiera seducir a los incautos.

«Existe hoy una escuela que, a nombre de una mal entendida libertad de pensar, rechaza en materia de filosofía, como elemento heterogéneo y anacronismo intolerable, la autoridad de la Revelación. Quiere esta tal escuela una filosofía independiente y *secularizada*, es decir, exenta de todo elemento religioso, y proclama blasfemando que la creencia religiosa solamente es respetable en la infancia del género humano, en la cuna de las sociedades nacientes, no ya cuando el pensamiento filosófico

se ha desenvuelto y manifestado. Al decir de los sectarios de esta escuela, la filosofía, como fruto que debe ser de una especulación libre e independiente, no puede admitir sino aquello que conozca con la mera razón; y como efectivamente, en la Revelación el punto de partida y la regla es, no la razón, sino la autoridad, concluyen los tales sectarios que toda creencia religiosa es de suyo antifilosófica y antirracional. Puestos ya en este camino, los racionalistas hánse dado a mostrar que los milagros no son sino hechos naturales decorados con mitos, y que los misterios no son en sustancia otra cosa sino verdades racionales decoradas con símbolos y figuras. Dicho se está, por tanto, que los racionalistas excluyen de la filosofía la autoridad de la Revelación, persuadidos de que la fe que a ella se debe es contraria a las libres especulaciones.

Nada conozco más vano y absurda que este género de filosofía tan galanamente exaltado por el racionalismo. ¿En qué consiste el saber filosófico? Cuantos sepan el abecedario de este asunto, responderán sin vacilar que el saber filosófico, o séase la filosofía, se realiza cuando por virtud de la reflexión se investiga las últimas razones de las cosas; porque, en efecto, la filosofía es siempre un conocimiento reflejo de la verdad. Pero es así que el conocimiento reflejo de la verdad no puede existir sin el conocimiento directo de la verdad misma, pues la reflexión en resumen no es otra cosa sino el mismo conocimiento directo reflejado; luego todo lo que precede al saber filosófico, o séase al movimiento reflejado del pensamiento, no puede ser falso, antes bien, tiene que ser en parte verdadero; luego el que antes de todo saber filosófico se admita muchas verdades por autoridad humana o divina, no ha de ser una razón para tener por irracionales esas verdades. La filosofía, sin duda, exige alguna razón del asentimiento que presta a una proposición cualquiera; pero no exige que esta razón proceda de evidencia siempre;

sino que debe aceptar lo verdadero, sea cualquiera la fuente donde lo tome y el medio porque se le muestre. Luego si la razón puede demostrar, como efectivamente lo demuestra, que la autoridad de Dios es infalible; que es no solo posible, sino moralmente necesaria una revelación primitiva, y que real y verdaderamente esta revelación ha existido, ningún derecho tiene a rechazar todo esto como antirracional y antifilosófico, sólo por que no vea su fuente original en la razón individual del hombre. Y no se diga que con esto se ofende a los derechos de la razón humana y a la libertad de la especulación científica; pues lo único que estorba y entumece el pensamiento es el error, ora engendrado de un falso raciocinio, ora recibido *gratis* en la mente; es decir, como una prevención o como una preocupación: éste sólo es el verdadero, el único enemigo de la libertad filosófica. Pero una vez reconocido como razonable el prestar asenso a una autoridad; una vez demostrado que verdad debe de ser todo cuanto esa autoridad propone, ningún obstáculo se ofrece a la libertad de especulación. O esto, o decir que la especulación filosófica debe de ser libre en tal manera, que ni aun por obligada se tenga a someterse a la verdad. ¿Por ventura, la libertad de filosofar ha de ser tan independiente de toda regla como la libertad política proclamada por aquellos estadistas ingleses que a fuerza de eximir de toda sujeción al hombre, le han exonerado hasta de la sujeción al bien? ¿Y qué sería del hombre, privado así a un mismo tiempo de lo verdadero y de lo falso, del vicio y de la virtud? Nada sino lo que son los brutos, en quienes ninguna especie de libertad cabe, como determinados que son necesariamente en todos sus actos por el instinto. Los resultados finales de esta absurda libertad de filosofar proclamada por los racionalistas, no serían diversos de los que han sido los de la paradógica doctrina que

proclama como esencia y fin de las sociedades civiles la libertad absoluta. Ello es que la filosofía alemana después de haber prometido montes y mares, atribuyendo a la razón una libertad y una omnipotencia absolutas, ha parado, en fin, en negar toda filosofía cuando ha dicho: *yo razón, no puedo ni aun conocerme a mí propia*. Del propio modo la escuela de Juan Jacobo Rousseau, que comenzó proclamando la soberanía absoluta, ha concluido por negar toda libertad.

Pero no solamente la Revelación ningún detrimento causa a la expansión del pensamiento filosófico y de una bien entendida libertad de filosofar, sino que, por el contrario, le auxilia y presta fuerza y vigor. Si lícito me fuera detenerme algo en esto, fácilmente demostraría cómo los sistemas filosóficos más vastos y perfectos que la antigüedad nos ha transmitido, son deudores de la mayor parte de su perfección precisamente a aquella maestra divina, y que la filosofía antigua, lo propio que la moderna, no se han suicidado sino cuando en vez de conducirse como alumnas, se empeñaron en hacer de maestras. Pero aun sin entrar en estas disquisiciones históricas, puedo muy bien demostrar mi aserto. Efectivamente: la revelación suministra, no sólo las verdades sobrenaturales, sino también las verdades religiosas del orden natural, y aun todos los grandes principios de moral que engendran a los deberes particulares. Pues bien: para quien sepa la acción directa, necesaria y continua que los principios morales y religiosos ejercen sobre la parte más preciada de la metafísica y de la psicología, de las ciencias jurídicas y otras de la misma especie, no será difícil comprender el grande auxilio que el espíritu humano debe al depósito de las verdades reveladas. Y luego, respecto de aquellas verdades que exigen largos y abstrusos raciocinios, tan fáciles de ser

anublados con los errores que en ellos ponga la flaqueza de la razón humana, ¿cuánto provecho no causa la revelación mostrándola algunas de esas, y sirviéndola por ende de faro y luz extrínseca, bastante para dar seguridad a sus pasos y para reducirla al recto sendero cuando de él se aparta?

Enhorabuena la filosofía reclame para sí el primado de todas las demás ciencias racionales; pero téngase por súbdita y esclava de la teología revelada, tal es el compendio de las precedentes observaciones. Pero si la filosofía es la primera entre las ciencias racionales, dicho se está cuán indispensable es para constituir las, y que aun respecto de la misma teología revelada, el estudio de la filosofía debe ser provechosisimo.

El hombre tiene por naturaleza una propensión constante a conocer las primeras causas de las cosas, basta con observarlo en el niño, quien a medida que su inteligencia se va desatando, pregunta a cada instante el porqué de las cosas, como para mostrarnos de hecho esa natural inclinación de nuestra mente. Si ahora queremos investigar la razón de este hecho, la hallaremos en la naturaleza misma del hombre. Como quiera, en efecto, que todo sér recibe del Autor de la naturaleza el primer impulso o movimiento hacia el acto que le es connatural, así también el hombre, sér el más perfecto entre los seres del mundo, ha debido recibir de manos de la naturaleza la inclinación a los actos que le son connaturales. Pero el sér del hombre es racional, y la actividad connatural de un sér racional consiste en el conocer la razón, el porqué de las cosas, y en él obra conforme a razón. Luego el hombre, por su misma naturaleza racional, se inclina a conocer las razones, el por qué de las cosas. ¿Y qué es la razón y el conocimiento del por qué de una cosa sino el conocimiento de su causa? Luego, si el conocimiento

de las causas de las cosas constituye la acción específica del hombre en cuanto es un sér racional, claro está que la ciencia adecuada, para remontarse al conocimiento de las primeras causas, o séase de las últimas razones, es la ciencia más perfecta de todas, cabalmente por ser la que más de cerca se conforma a la natural inclinación de la mente humana. Es así que la ciencia de las últimas razones es la filosofía; luego la alteza y utilidad de la filosofía consisten primariamente en la perfección que da esta ciencia a la natural inclinación del hombre.

De esta nativa inclinación del hombre a conocer las causas de las cosas, traen su filiación todas las ciencias especiales, pues cada cual de ellas procede del especial objeto en que se ejercita esa inclinación al actuarse. Pero como lo múltiple no puede reducirse a la unidad sino mediante la ley de subordinación o coordinación, de aquí que las ciencias múltiples no podrían ser objeto de esta inclinación natural del hombre a conocer las causas de las cosas, si no reinase entre ellas una subordinación o coordinación naturales. Y efectivamente, hay en las ciencias múltiples esta ley natural de subordinación o coordinación que ya hemos visto cómo las razones relativamente últimas de toda ciencia se van resolviendo en las razones últimas de otra ciencia superior, hasta llegar a las razones absolutamente últimas, que son cabalmente el objeto de la filosofía. Este primado de la filosofía es quien la hace, no ya solo utilísima, sino necesaria para adquirir todas las demás ciencias.

Pero la ciencia no es fin del hombre, sino simple medio para que pueda alcanzar su fin último de una manera digna y conforme a su naturaleza. Necesario es, por tanto, que el filósofo especulador, después de haber investigado la naturaleza de las cosas, enderece su conocimiento al fin que la naturaleza le dicta. Nótese aquí que el fin de

todo sér, como dado que le es por el Autor mismo de la naturaleza, debe corresponder a la naturaleza del sér mismo para quien es tal fin. Dios, en efecto, al crear todas las cosas conforme al tipo arquetipo preexistente en su mente divina, a todas señala fin correspondiente a la idea arquetipa de cada una de ellas. Y como quiera que las ideas arquetipas del entendimiento divino son representadas en las esencias de las cosas, claro está que el fin de todo sér, por el hecho de estar modelado sobre la idea arquetipa del divino entendimiento, resulta conforme a la naturaleza del ser mismo para quien es tal fin. Luego el hombre, como hechura que es de las manos de Dios mismo, y obra maestra de la creación, debe tener un fin, y este fin debe de ser conforme a su naturaleza. Si el fin del hombre ha de ser proporcionado a su naturaleza, claro está que no puede tratarse de aquel fin sin investigar antes cuál sea esta naturaleza. Por eso cabalmente la moral, en cuanto supone la ciencia del hombre, es una ciencia derivada que supone una ciencia antecedente, de la cual reciba principio, razón y punto de partida. De otro modo, la moral fuera una práctica sin teoría una aplicación sin principio, un arte sin prueba ni certeza, o mejor dicho, no sería un arte, sino meramente un sentimiento y una inspiración. Pues bien: esta ciencia, fuente de la moral, ¿cuál otra es sino la antropología, que es una parte de la filosofía? Puede aquí parecer que con esto queda plenamente enunciada toda la acción que a la antropología sea dado ejercer sobre la filosofía moral; pero no creo yo que esto solo constituya el lado por donde la filosofía moral está subordinada a la antropología. En efecto, el problema fundamental de la moral abraza con unidad sintética el fin del hombre y los medios necesarios para alcanzarlo; pero es el caso que la investigación del fin del hombre y la de los medios necesarios para alcanzarle no

constituyen dos problemas diversos, sino que se confunden en un solo y único problema. Y ciertamente el más superficial análisis basta para demostrar que el fin no puede ser alcanzado sino por los medios propios; y la idea que tenemos de Dios como Ser infinitamente perfecto no nos conciente dudar que al crear al hombre para un fin, no le haya dado los medios correspondientes, o que no le deje ponerlos en práctica. Lejos de ser así, es indudable que las facultades, inclinaciones o tendencias naturales visibles en el hombre, auxiliadas por el orden sobrenatural de la gracia, constituyen cabalmente el orden de medios con que debe cumplir su destino final. Y como la antropología estudia al hombre, no solo en su naturaleza, sino también en sus medios naturales de acción, he aquí un segundo motivo porque esa ciencia constituye el fundamento de la filosofía moral. Estos títulos que legitiman la preeminencia ontológica de la antropología sobre la moral, son harto manifiestos para que puedan ser impugnados. La historia misma comprueba esa legitimidad, pues es un hecho notorio que en todos los tiempos y en todas las escuelas la moral ha correspondido a la índole de la ciencia que se haya profesado respecto del hombre. Este método fue obvio para Sócrates, cuya famosa fórmula: *conócete a ti mismo*, es simultáneamente un principio antropológico y un principio moral.

Siendo el estudio de la filosofía necesario para el de la moral, claro está que utilísimo debe ser también a las ciencias jurídicas y económicas, que de la moral dependen. Hoy día se está continuamente hablando y escribiendo de motores políticos, de energías sociales, y con este motivo se sacan a cuento el pueblo, la nacionalidad, la industria, el comercio y demás cosas de su especie. Los economistas hacen lo propio con las varias fuerzas productoras de la riqueza; y uno proclama *propiedad y capital*;

otro asociación y trabajo; otros, en fin, imaginan diversas o equivalentes fórmulas; pero, ¿cuál de ellos mete siquiera en cuenta el ingenio y la filosofía? Y sin embargo, el ingenio es la primera fuerza del mundo en todo y para todo; como que faltando él, toda otra fuerza activa es débil o nula: él es la primera de las fuerzas económicas, pues tanto valen y fructifican la propiedad y el capital cuanto vale la inteligencia que los maneja; él es la primera fuente de la riqueza, pues sólo él puede explorarla y sacarla del seno de la naturaleza, y acrecentarla por medio del saber. ¿De dónde, en efecto, proceden los maravillosos progresos actuales de la agricultura, de la industria y del comercio, sino de la aplicación de la mecánica, de la física y de la química, a los vehículos terrestres y marítimos, a los campos y a los talleres? ¿Y qué cosa es esta aplicación, cada día mayor y más perfecta, sino la aplicación del ingenio a la materia puesta bajo su dominio? Porque la filosofía, sabedlo, es el supremo directorio del pensamiento, y una especie de propedéutica educadora que hace hábil al hombre para emplearse en la materia que le plazca. Y nada digo de la utilidad que la vida civil saca de la filosofía por los hábitos intelectivos y morales de que la informa; pues sabido es cuánto y cuánto el estudio profundo de una sólida filosofía contribuye a dar amplitud a las ideas, alteza al alma, nobleza a los afectos, respeto a la ley, amor a la libertad y a la patria y a los menesterosos; en suma, las virtudes todas morales y cívicas. Si: estos son resultados propios de la filosofía, y si no los produce con la abundancia apetecible, cúlpese a quien no la cultiva como debiera hacerlo.

(Concluirá)

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico